



“Crol en el invierno líquido”, de Diego Formía. Ediciones Cartografías. Río Cuarto, 2006

Elena Berruti

mberruti@hum.unrc.edu.ar

Universidad Nacional de Río Cuarto

Cuidada primera realización de la Colección de Poesía *Archipiélago*, Ediciones Cartografías, Río Cuarto. Con “Un velero en el vacío” y “Sonajeros” como antecedentes, Diego Formía pone a disposición de los lectores un mundo cuyo nombre no dice poco.

Dice mi diccionario:

CROL m. Estilo de natación. Los brazos realizan un movimiento circular alternado y las piernas, extendidas al máximo, efectúan un movimiento pendular alterno hacia arriba y hacia abajo.

Eso dice y le creo, no sé nadar.

El libro de Diego Formía se llama “Crol en el invierno líquido”. El nombre de este libro de poemas –guiño de entrada y contraseña para el lector- coincide no inocentemente con un modo de nadar/vivir/escribir. “Crol” nos invita a internarnos en los modos del estar del sujeto en un medio que comparte la densidad de lo acuático. Lo de invierno aporta a ese estar una cuota inevitable de frío y hasta de incomodidad.

Muelle/Mareas/Orillas forman su arquitectura, sosteniéndolo en un equilibrio inestable entre el sueño y la vigilia, lo físico y lo mental-existencial, el interior y el exterior, el yo y el nosotros, lo nimio y lo trascendente, tensiones entre las que sólo se sobrevive braceando y cuidando hijos.

Semánticamente *Muelle* y *Orillas* remiten a tierra firme, a sus márgenes y bordes, al punto de contacto de los dos elementos, agua y tierra. *Mareas* refiere al primero de estos términos con matiz de movimiento, cambio, alternancia, rutina y cotidianeidad del agua.

Muelle

El primer poema del libro es “estática” y entiendo que su nombre describe con exactitud la sensación que esta puerta de entrada a Crol construye en torno al despertar cotidiano. Un yo poético que se queja de la inutilidad del levantarse de la cama como acto mecánico desde el muelle y envuelve en la queja al lector. Las orillas acá son el sueño y la vigilia, y el tono es de descreimiento con un dejo amargo. Éste es el vestíbulo

de la casa crol que habita Formía y a la que entramos sin medias tintas. Sueño y cansancio son cobijados por igual por la cama, objeto que une lo físico y lo mental-existencial sin solución de continuidad. Luz y oscuridad, certeza y duda pivotean las tensiones entre lo que se sabe y lo desconocido, entre lo que se cree y la duda persistente.

Mareas

“Crol” continúa escanciando instantes definidos por su brevedad y despojo, en el vaivén desde el muelle a la otra orilla, día/noche con iluminaciones y oscuridades. El yo poético se torna más áspero y no evita ni caídas, ni suicidios ni dolores propios y ajenos ni desorientaciones del que nada/vive/escribe. Mareas varias: de uno, de otros, del vivir.

Orillas

Tal vez la voz de Formía que da aliento a “Crol” se haga aquí, en el final de la braceada, más potente, más declaratoria. Sobre la base de las sensaciones que -antes que se esfumen- son capturadas apenas por el poema, tan fugaz como ellas; luego de la crudeza de los poemas mínimos casi disparados a la mente del lector, *Orillas* no llega a calmar ni descansa: desafía con posicionamientos que evitan deliciosamente la grandilocuencia pero no por eso pierden convicción.

Un plus, aunque no haga falta, para recomendar “Crol”: es la punta de lanza de un esfuerzo cooperativo local, de editores y escritores riocuartenses empeñados en dar de leer.